

La izquierda partidaria y la CGT, 1935-1939. Las disputas entre el frentepopulismo comunista y la prescindencia apolítica de la dirección sindicalista.

Camarero, Hernán.

Cita:

Camarero, Hernán. (2011). *La izquierda partidaria y la CGT, 1935-1939. Las disputas entre el frentepopulismo comunista y la prescindencia apolítica de la dirección sindicalista. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/260>

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia

10, 11, 12 y 13 de agosto de 2011

Universidad Nacional de Catamarca

Número de la mesa: 40

Título de la mesa: Historia de la izquierda en la Argentina: política, sociedad e ideas (1880-1960).

Apellido y nombre de los coordinadores: Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel.

Título de la ponencia: La izquierda partidaria y la CGT, 1935-1939. Las disputas entre el frentepopulismo comunista y la prescindencia apolítica de la dirección *sindicalista*.

Apellido y nombre del autor: Camarero, Hernán.

Pertenencia institucional: CONICET / UBA

Documento Nacional de identidad: 17.983.105

Correo electrónico: hercamarero@gmail.com

Autorizo a publicar esta ponencia en el CD de las Jornadas.

La Confederación General del Trabajo (CGT) fue la organización gremial más importante impulsada por el movimiento obrero argentino en su largo proceso de desarrollo hasta la aparición del peronismo. Conformada en septiembre de 1930 como producto de la unificación de las dos grandes centrales obreras, la Unión Sindical Argentina (USA, de tendencia claramente *sindicalista*) y la Confederación Obrera Argentina (COA, que agrupaba a los militantes obreros del Partido Socialista y a otros cuadros *sindicalistas*), la CGT tuvo un importante crecimiento durante los años de la “década infame”.

La relación de la izquierda política con esta central obrera no fue lineal ni apacible. En su primer lustro de vida, la CGT desplegó un comportamiento sumamente moderado y escasamente combativo frente a los desafíos que se le presentaban a los trabajadores bajo la dictadura de José F. Uriburu y el gobierno conservador reaccionario de Agustín P. Justo. Además, debido al claro predominio que en ella ejercían los dirigentes de origen *sindicalista*, tuvo una orientación, no sólo favorable a una creciente estrategia de colaboración de clases, sino, además, un perfil apolítico, neutralista, prescindente y hostil a cualquier acercamiento o acción conjunta con los partidos obreros, tanto el Partido Socialista (PS) como el Partido Comunista (PC). Ello pareció superarse con la ruptura de la confederación en diciembre de 1935, cuando el grueso del elenco *sindicalista* acabó fuera de la dirección (constituyendo otra muy debilitada CGT, llamada Catamarca, por la sede el gremio telefónico donde se asentó, que pocos años después adoptó el nombre de USA). Desde ese momento, la CGT, por un tiempo, conocida como Independencia, por la calle en la que se ubicaba el gremio ferroviario y el local de la propia central, quedó en manos de los militantes que orbitaban en torno al PS y a algunos otros *sindicalistas*, a los que se agregaron las fuerzas sindicales del PC.

Con el paso de los años, sin embargo, la relación de la CGT con los partidos de izquierda volvió a resquebrajarse. La conducción cegetista, incluso, la mayoría de los cuadros gremiales del propio socialismo (autonomizados de toda tutela partidaria), volvieron a reafirmar las concepciones de conciliación de clases y las posiciones antipolíticas, prescindentes y de corte “sindicalista”, lo cual fue crecientemente impugnado desde las filas del PC y el PS. En perspectiva, todo ello conduciría a una nueva escisión de la CGT en 1943, en el que dicha confederación quedó dividida en dos, cada una identificada como N° 1 y N° 2: la primera, reclamando completa independencia de los partidos; la segunda, propiciando acuerdos en pos de una coalición socio-política democrática antifascista, con el PS y el PC.

En esta ponencia se indaga en el modo en el que la izquierda partidaria analizó y se posicionó frente a este curso prescindente y apolítico de la CGT.¹ Para ganar profundidad en esta exploración, se aborda sólo la posición del PC, lo cual nos parece un ejercicio válido en tanto ésta fue la fuerza política que más claramente se enfrentó a ese planteo neutralista de la dirección de la central. A diferencia del grueso de los estudios del movimiento obrero de la etapa preperonista, no se privilegia aquí la observación del proceso en su fase final (los años 1942-1943), sino que se atiende a las fases previas, el período delimitado entre los años 1935-1939, pues permite comprender los enfrentamientos entre distintos bandos que luego

¹ Un examen del período anterior en: Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aire, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2007.

condujeron a la ruptura cegetista previa al golpe militar del 4 de junio. En un posterior estudio, se continuará con la indagación de los años 1939-1943.

Nada de las caracterizaciones y posicionamiento del PC frente a la CGT durante el ciclo 1935-1939 puede considerarse sin tener en cuenta el cambio de línea general que experimentaba dicho partido. En efecto, en 1935, bajo impulso de la Internacional Comunista, el PC abandonó la política sectaria y ultraizquierdista de “clase contra clase”, propia del denominado “tercer período”, que alejaba a los militantes comunistas de todo compromiso y acción común con las corrientes y organizaciones reformistas del movimiento obrero, y la reemplazó por la estrategia del “frente popular” antifascista y antiimperialista, que fomentaba acuerdos no sólo con aquellas expresiones moderadas del campo proletario sino, incluso, con las representaciones “liberales, progresistas y democráticas” de la burguesía.

En la Argentina, el período comprendido entre 1935 y 1939 estuvo caracterizado por elementos de continuidad en lo político y de cambio en lo económico y social. Por un lado, la coalición gobernante (la Concordancia), al mando de la administración del país a través del presidente Agustín P. Justo, elaboró una compleja pero finalmente eficaz operación político-electoral, que le aseguró en las elecciones de septiembre de 1937, viciadas por el fraude y la manipulación, el triunfo de sus candidatos. En esa ocasión, se impuso la fórmula presidencial encabezada por el radical antipersonalista Roberto M. Ortiz y secundada por el conservador Ramón S. Castillo. Ortiz, un año después de asumir su cargo, intentó aplicar lo que finalmente resultó un frustrado proyecto “transformista” de apertura del régimen, que pretendía clausurar el ciclo de fraude electoral e ilegitimidad abierto en los primeros años treinta.

Por otra parte, durante esos años se hicieron más evidentes el mantenimiento y la consolidación de la recuperación económica del país, iniciada unos años antes. Sus efectos fueron claros: se potenció el desarrollo industrial y se multiplicó la envergadura de la clase obrera industrial, lo cual hizo descender aún más los niveles de desocupación. Sin embargo, persistió el estancamiento de los salarios reales y la ausencia de avances en la legislación laboral y de mejoramiento de las condiciones de trabajo en las fábricas. En un contexto de grandes demandas insatisfechas y mayores márgenes para encarar la protesta, ante la atenuación en el temor a perder el empleo, fue inevitable el incremento de los conflictos obreros y una recuperación de la iniciativa sindical, sobre todo en los dos primeros años de este ciclo analizado. En la Capital Federal, según los datos del DNT, tras el aumento ocurrido en 1935, en 1936 se alcanzó un record de 87 huelgas, con 291.000 participantes. Pero un año

después, las huelgas bajaron a 66, con 170.000 y la disminución fue mayor en 1938 ; en 1939 hubo 40 huelgas con 67.000 huelguistas.²

Bajo este telón de fondo, los comunistas encontraron cada vez más oportunidades para incidir en el mundo del trabajo. Eso quedó claramente reflejado en su rol como dirección en la huelga de la construcción de fines de 1935 y la huelga general de enero de 1936 en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores. Además, a partir de esos años se empezó a hacer muy visible el aumento de la influencia del PC en la conducción de las organizaciones sindicales, sobre todo, en las que se extendían en el sector industrial (entre los trabajadores de la carne, metalúrgicos, madereros, textiles y del vestido) y de la construcción.

El ingreso de los comunistas en la CGT

A partir de 1935, con la progresiva adopción de la estrategia del *frente popular*, los comunistas decidieron encarar la dirección de los conflictos y la creación o consolidación de los sindicatos únicos por rama desde nuevos moldes organizativos. Ahora querían abandonar el anterior sectarismo y la tendencia a la existencia de organismos propios e independientes de las otras corrientes del movimiento obrero. De este modo, procedieron a fusionar los sindicatos que dirigían con los existentes en la CGT o a ingresar en ellos. Por ejemplo, el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM) y el Sindicato Único de Obreros de la Madera (SUOM), conducidos por el PC, se incorporaron a la central, mientras que las estructuras sindicales comunistas se anexaron a la Unión Obrera Textil (UOT) y a la Federación Obrera del Vestido (FOV), de iniciales mayorías socialistas.

Con el pedido comunista de ingreso a la CGT, se estaba reconociendo que ésta era la central sindical más poderosa del país, en verdad, la única realmente existente, pues fuera de ella sólo operaban sindicatos autónomos, una FORA anarquista apenas superviviente y el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC), orientado por el propio PC. Inevitablemente, la solicitud de entrada a la CGT de los sindicatos controlados por los comunistas conducía a poner fin a la vida del CUSC, un organismo que nunca había logrado convertirse en una entidad de peso en la dirección global del movimiento obrero. Esta decisión se adoptó en agosto. Se trataba de una línea que excedía el marco nacional: la Internacional Comunista la

² Ministerio del Interior, Departamento Nacional del Trabajo, División de Estadística: *Investigaciones sociales*, Buenos Aires, 1939; Ministerio del Interior, Departamento Nacional del Trabajo, *Estadística de las huelgas*, Buenos Aires, 1940.

estaba impulsando en todo el mundo, y en el continente eso condujo a la autodisolución de la Confederación Sindical Latino Americana.

El PC presentó la disolución del CUSC como un hecho que facilitaría “la tarea urgente de reforzar la unidad sindical” y eliminaría “los obstáculos que levanta el estrecho núcleo dirigente de la derecha en la CGT, empeñado en mantenerla dentro de una orientación política mezquina, pasiva, envuelta en fórmulas enmohecidas de ‘prescindencia’ y ‘apoliticismo’, fórmulas que la vida ha comprobado sólo sirven para facilitar –conciente e inconcientemente– el avance reaccionario sin resistencia por parte de las masas”.³ Obviamente, la “derecha” de la CGT, aludida por el PC, era el viejo sector *sindicalista* que ejercía el control de la dirección y de la prensa de dicha central. Ese sector hizo que el paso de disolver el CUSC y disponer que sus sindicatos ingresen a la CGT no fuera fácil de cumplimentar. La dirección cegetista lo juzgó “... un acontecimiento de indudable trascendencia y llamado a tener extraordinaria repercusión en el futuro de la organización sindical del país”.⁴ Con ello, admitía el peso que el CUSC había alcanzado en el sector industrial, al tiempo que alertaba que dicho Comité estaba reconociendo su fracaso en rivalizar con la CGT. Pero, dado que la conducción *sindicalista* estaba convencida de que el PC no acataría los principios de independencia de la CGT de cualquier partido o ideología política, obstaculizó o ralentizó el ingreso de los gremios comunistas durante ese año.

En tanto, hacia fines de 1935, la crisis que se vivía en el seno de la CGT era incontrastable. Un amplio sector, integrado mayoritariamente por los miembros de la Comisión Socialista de Información Gremial (CSIG) y, en menor medida, por algunos cuadros que provenían de la tradición *sindicalista*, impugnaron duramente a la conducción de la central por la desigual representación que ella arrastraba. Afirmaban que los gremios de mayor número de adherentes, a los que ellos pertenecían, en especial, la poderosa Unión Ferroviaria (UF), pero también La Fraternidad, tranviarios, empleados de comercio y municipales, no estaban adecuadamente reflejados en la estructura dirigente de la CGT, articulada por el Comité Nacional Sindical y la Junta Ejecutiva. Quienes controlaban ambos organismos pertenecían a una serie de pequeños gremios, muchos de ellos provenientes de la ex USA, que reunían apenas unos 5.000 trabajadores, sobre 200.000 afiliados que en total poseía la CGT hacia 1935.⁵

³ “La tarea urgente del movimiento obrero es apresurar la unidad sindical”, *La Internacional* (órgano del PC), adelante, *LI*, XVIII, 3456, 17/8/35, p. 2.

⁴ “La organización sindical debe ser regida por los trabajadores”, *CGT*, II, 70, 16/8/35, pp. 1-2.

⁵ *CGT, Memoria y balance, 1930-1935*, Buenos Aires, 1936, p. 33.

No todos, pero sí una buena parte de los que componían este bloque crítico a la dirección cegetista, encontró un argumento de peso en la condena a la “prescindencia política” y en la negativa a hacer cualquier acuerdo con los partidos obreros o de izquierda (en especial, el PS y el PC) de la que hacía gala dicha conducción. Decían que la dirección de la CGT, entre otras cosas, ocultaba la acción del PS en el Congreso Nacional (aún cuando el grueso de esa labor tenía que ver con asuntos directamente vinculados a demandas del movimiento obrero), se negaba a invitar a sus representantes a dictar conferencias en los locales sindicales y realizaba ataques abiertos al partido, no distinguiéndolo del resto de los partidos burgueses o tradicionales. En suma, que profesaba un auténtica “fobia antisocialista”.

Para el mes de diciembre el clima de crispación interna dentro de la CGT era total. La Junta Ejecutiva había rechazado el intento de José Domenech y sus aliados socialistas, ahora mayoritarios en la dirección de la UF, por cambiar los representantes que este sindicato tenía hasta ese momento en la conducción cegetista. Esto produjo una ruptura total entre la UF dominada por los socialistas y la CGT controlada por los *sindicalistas*. Pero existían otras fuentes de conflicto. El bloque opositor a la dirección de la CGT venía sosteniendo que la tardanza en convocar al Congreso Constituyente de la central se debía a que aquella estaba segura de perder la mayoría y ser desalojada. Cuando la convocatoria llegó para marzo de 1936, el sector opositor denunció que la dirección, previendo su derrota, estaba preparando un congreso adicto con un ilegítimo envío de delegados por todo el país para intentar ganarse la opinión de los gremios.

Adelantándose a estos hechos, el 12 de diciembre ocurrió algo imprevisto: una treintena de dirigentes de los gremios opositores a la dirección de la CGT, acompañados por decenas de militantes, realizaron una ocupación del edificio de la central (en la avenida Independencia, donde tenía su sede la UF), se hicieron del control efectivo del local, declararon la caducidad de las autoridades cegetistas, designaron una Junta Ejecutiva provisoria para convocar de manera inmediata a un verdadero Congreso Constituyente y lanzaron un manifiesto a los trabajadores para explicar las razones de estos procedimientos, en el que reafirmaban la vigencia del programa mínimo y el plan de emergencia antes enunciado por la CGT. Para ellos, se estaba deponiendo a un grupo minoritario, sectario, disolvente y perturbador, que gobernaba como una dictadura y estaba produciendo daño al movimiento obrero. En cambio, para el grupo apartado de la dirección de la CGT, según su propio manifiesto, se trataba de un brutal atropello, de un “golpe de mano hitlerista”, de un “asalto realizado al amparo de las sombras de la noche”, que intentaba reducir a la

organización a un simple apéndice de “fuerzas externas a su medio”: el PS y su “funesta” CSIG.⁶

Consumados estos hechos, la CGT quedó partida en dos. El sector más debilitado fue el desplazado, es decir, el que antes dirigía la organización, que pasó a ser conocido como CGT-Catamarca (pues fue en la sede del gremio telefónico ubicado en esa calle, donde fijó su domicilio). El ferroviario Antonio Tramonti fue elegido como secretario general de la misma, acompañado por otros cuadros de la UF. Allí recalaron un puñado de organizaciones, entre las cuales sólo tenían importancia la de los telefónicos, la FOM (el viejo bastión de los *sindicalistas*) e inicialmente, parte de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE). Algunos antiguos cuadros del *sindicalismo*, como Sebastián Marotta, Alejandro Silvetti y Andrés Cabona, eran parte del proyecto, así como algunos ferroviarios afiliados al PS.

Pero fue la otra CGT, que durante dos años mantuvo el aditamento Independencia, la verdaderamente mayoritaria y representativa. Allí quedaron alineados la mayor cantidad de gremios, y los más numerosos en afiliados: entre otros, La Fraternidad, tranviarios, municipales, empleados de Comercio, del Vestido, textiles, panaderos, del Calzado y marroquinos. Varias de esas organizaciones eran las que estaban dirigidas por socialistas y que habían participado de la experiencia de la COA entre 1926-1930. Además, entre 1936 y 1938 se fueron incorporando otros sindicatos que permanecían autónomos, como la antigua Federación Gráfica Bonaerense y ATE. En su primera Junta Ejecutiva, de carácter provisoria, Luis Cerutti (UF) quedó como secretario general.

Los comunistas no se pronunciaron de manera inmediata respecto al “golpe del 12 de diciembre”. En buena medida, el PC estaba casi completamente ocupado en otro proceso: el gran conflicto obrero en la rama de la construcción, desarrollado durante tres meses, entre octubre de 1935 y enero de 1936, que fue la huelga más masiva, enérgica y exitosa protagonizado por la clase obrera argentina desde hacía una década y media, y la más importante dirigida por militantes de ese partido en toda su historia.⁷ Fue organizada desde la Federación Obrera de Sindicatos de la Construcción, con ámbito en la ciudad de Buenos Aires, compuesta por los sindicatos de todos los oficios de la rama. El 15 de noviembre una gigantesca asamblea votó sumarse al paro, que pasó a contar con la adhesión de unas 60.000

⁶ Los manifiestos y las declaraciones contrapuestas, así como la visión socialista y *sindicalista* sobre el proceso de ruptura de la CGT, en: Jacinto Oddone, *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949, pp. 332-351; Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo. Tomo III. Período 1920-1935*, Buenos Aires, Calomino, 1970, pp. 411-433.

⁷ Sobre el tema, remitimos a Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera...* op. cit., pp. 211-215 ; y Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, La Rosa Blindada-PIMSA, 2000, pp. 123 y ss.

voluntades, lo que representaba algo más de un 90% del total de empleados en el sector en la Capital. La lucha estuvo respaldada por la realización de frecuentes y multitudinarios mítines y reuniones obreras en la Plaza Once y el estadio Luna Park. En apoyo al conflicto se conformó un Comité de Defensa y Solidaridad, que agrupó a 68 sindicatos (tanto autónomos como pertenecientes a la CGT), en donde se agruparon los sindicatos orientados por el PC y algunos otros de dirección anarquista y *sindicalista*.

Fue ese Comité el que convocó a una huelga general en solidaridad con la lucha de los obreros de la construcción. La convocatoria se producía en medio del conflicto interno que envolvía a la CGT. En los meses anteriores la dirección de la central obrera no había fijado una línea de apoyo firme a este conflicto, actitud que comenzó a cambiar hacia diciembre.⁸ Finalmente, las dos juntas ejecutivas que pasó a tener la CGT dieron un sostén explícito a la huelga general, que se desarrolló el 7 y 8 de enero de 1936, y tuvo un carácter masivo y muy violento, con miles de personas en las calles, muertos en diversos enfrentamientos y centenares de detenidos. Luego de 90 días de iniciada, el 23 de enero, ante la aceptación de una gran parte de los reclamos que le habían dado origen, la huelga fue levantada. Como producto de ese triunfo, en los meses siguientes se fue poniendo en marcha la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), dirigida y controlada por cuadros del PC, que pronto se convirtió en la segunda entidad laboral más numerosa del país y en el modelo de un nuevo tipo de sindicalismo industrial.

Una vez definida la huelga de la construcción y con el paso de las semanas, los comunistas no pudieron observar más que con simpatía el nuevo realineamiento que ocurría en la CGT. En marzo, uno de los dirigentes sindicales del PC expresaba: “El Comité Confederal, hasta el 12 de diciembre, no era responsable ante nadie porque no representaba la voluntad de la clase trabajadora. Por eso todo el proletariado tiene que saludar la actitud de los hombres de la nueva Junta y de los dirigentes de los distintos sindicatos que han tomado activas decisiones después del 12 de diciembre para realizar el verdadero Congreso Constituyente de la CGT”.⁹

El PC tenía cifrada sus expectativas sobre la central mayoritaria de Independencia por razones bien fundadas. Allí, las posibilidades de ingreso de los sindicatos comunistas se hicieron evidentes. Ellos podían congeniar con los cuadros más cercanos al PS que incidían en la dirección de la central a partir de la línea frentepopulista, antiimperialista, antifascista y

⁸ “La Junta Provisoria exhorta a los compañeros y organizaciones confederadas a prestarles su más vigoroso apoyo”, *CGT (Independencia)*, II, 88, 20/12/36, p. 1; “Con regocijo se recibió la solidaridad de la CGT”, *LI*, XIX, 3463, 1ª quincena de diciembre de 1935, p. 3.

⁹ “Formula declaraciones Mauricio Ribak”, *LI*, XIX, 3470, 2ª quincena de marzo de 1936, p. 2.

contraria a la neutralidad ideológica y a las concepciones más marcadamente “economicistas”. Además, los dirigentes de la CGT Independencia tenían interés por el ingreso de las organizaciones creadas por los comunistas, porque le permitía competir más ventajosamente con la otra central y extenderse a las actividades industriales claves del país, que crecían aceleradamente y multiplicaban el número de obreros. De este modo, a partir de enero de 1936, se produjeron las aceptaciones al ingreso a la CGT Independencia de las organizaciones obreras dirigidas por el PC. Las más relevantes fueron las de los cuatro grandes sindicatos únicos por rama que operaban en el ámbito industrial: la Federación Obrera de la Industria de la Carne (FOIC), los ya mencionados SOIM y SUOM y el sindicato de albañiles; junto a ellos, varios gremios de Rosario, Córdoba y Mendoza.

La UF no fue oficialmente miembro fundador de ninguna de estas dos CGT debido a la profunda división que la aquejaba, pero en su congreso de agosto finalmente decidió la adhesión a la CGT Independencia. Los dirigentes ferroviarios que ocupaban cargos en la CGT Catamarca debieron abandonarlos (como el propio secretario general, Tramonti); así, dicha central quedó reducida a una expresión mínima.

Cuando se completó el ingreso y la definitiva inserción de la UF, de los sindicatos comunistas y de algunos otros autónomos a la CGT Independencia, quedó bien definido el mapa de la estructura sindical argentina. Según datos del DNT hacia mediados de 1936 había 296 organizaciones obreras y 370.000 trabajadores sindicalizados en el país. En la CGT Independencia había encuadrados 113 sindicatos, que poseían unos 263.000 afiliados. En la CGT Catamarca quedaron 116 entidades pero con sólo 25.000 afiliados. Por otro lado, 67 sindicatos, con unos 74.000 adherentes, se declaraban como indefinidos o autónomos de las centrales. Finalmente, la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, que no tenían nexos con el movimiento obrero, agrupaba 28 seccionales con 8.000 miembros.¹⁰ Comparada con la realidad de las otras centrales obreras que se habían sucedido en el país desde la década de 1910, la CGT Independencia era la más numerosa en cantidad de afiliados, ofreciendo una cifra realmente considerable. Sin embargo, poseía una menor cantidad de organizaciones. Esto ocurría por dos factores: por un lado, por la emigración de los gremios más puramente *sindicalistas* que constituyeron la CGT Catamarca, los cuales estaban definidos por una estructura más disgregada, y por lo tanto eran muy numerosos y diminutos; por otro lado, porque la CGT Independencia pasó a reunir fundamentalmente sindicatos por rama antes que por oficio, los cuales eran pocos pero grandes en cantidad de asociados. Sólo la FONC

¹⁰ Ministerio del Interior, DNT, *Boletín Informativo*, XVIII, 200-201, Buenos Aires, septiembre/octubre 1936.

dirigida por los comunistas agruparía el doble de todos los afiliados que tenía la CGT Catamarca, dispersos en un centenar de organizaciones.

Frente al Congreso Constituyente de la CGT Independencia y al acto del 1° de mayo de 1936

La CGT Independencia consolidó su poderío, y lo institucionalizó, cuando, finalmente, realizó su Congreso Constituyente, que venía siendo postergado desde 1930. El evento se desarrolló del 31 de marzo al 2 de abril de 1936, en el amplio salón porteño de la Unión Tranviarios. Por primera vez, los comunistas asistían a un evento de la CGT. En una declaración pública, dieron cuenta de la gran expectativa que el encuentro les provocaba. Pero no lo hicieron sin beneficio de inventario. Según ellos, la central debía autocriticarse de sus anteriores posiciones e imponer un fuerte viraje en sus conductas. ¿Por qué era necesario un balance crítico de la CGT? Los comunistas respondían: “Basta enunciar simplemente las cuestiones candentes que afectaron a las masas durante el último quinquenio, para verificar el papel negativo jugado por la CGT en su solución por la orientación desacertada que le imprimió la vieja junta. Apenas surgida, la CGT, en lugar de impulsar la acción obrera en defensa de sus conquistas y de su libertad, se sometió sin la más leve resistencia al gobierno de ‘facto’, facilitando así la ofensiva patronal so pretexto de que era imposible luchar y defenderse en tiempos de reacción y de crisis. Ninguna lucha por las libertades obreras, contra los encarcelamientos y procesos a militantes, contra las torturas, las deportaciones y el ignominioso control policial sobre los sindicatos. Ninguna lucha contra el fascismo. En cambio, los famosos manifiestos de complacencia con la dictadura uriburiana primero y con el gobierno de Justo luego. Esta fue la consecuencia de la nefasta política de la ‘prescindencia’ sostenida por la vieja junta”.¹¹

Los comunistas también acusaban a la anterior dirección de haber intentado sembrar la discordia y la división en algunos gremios, como el metalúrgico, el del vestido y el gráfico. Las “victoriosas” huelgas de la madera, de la construcción y general, realizadas en los meses precedentes, casi sin apoyo de la CGT, mostraban para ellos, el “camino a adoptar”. Por último, el PC proponía el curso a seguir: “Impregnándose de este espíritu combativo de las masas, el Congreso debe darse ante todo un programa definido de lucha por las reivindicaciones obreras (salarios, legislación social, desocupación, etc.). Vale decir, un

¹¹ “Ante el Congreso de la CGT”, *LI*, XIX, 3470, 2ª quincena de marzo de 1936, p. 2.

programa que se acompañe de una seria preparación y organización de las luchas del proletariado y no sólo que se reduzca a un simple papel como hizo la vieja junta con el Plan de Emergencia. Indisolublemente ligado a esta primordial tarea está el problema de la defensa de los derechos y libertades obreras –sin cuya existencia aquellas no podrán efectivizarse– para lo cual, enterrando para siempre el castrador criterio ‘prescindente’ y ‘apolítico’, habrá que recoger la experiencia propia del movimiento de la construcción así como las enseñanzas históricas de la unidad sindical sellada en Francia y en España y del impetuoso Frente Popular que en los mencionados países acaba de obtener las más resonantes victorias sobre las fuerzas retrógradas del fascismo”.¹²

En ese congreso, de acuerdo con la representación que se les adjudicó a los sindicatos donde el PC tenía el control o una influencia considerable, la delegación comunista estuvo restringida a una decena de integrantes, entre los que se encontraban Guido Fioravanti y Ángel Ortelli (del Sindicato de Obreros Albañiles, Cemento Armado y Anexos de la Capital), José Peter (de la FOIC), Mauricio Rybak (de la FOV), Pedro Eber (del SUOM) y Juan Pavignano (del SOIM). A pesar de promover y saludar el ingreso de los comunistas, los dirigentes cegetistas no dejaron de manifestar prevenciones contra ellos. No estaban dispuestos a concederles ninguna ventaja a los nuevos integrantes. En cierta contradicción con la idea de un acto “constituyente”, se fijó el requisito de tener un año de antigüedad en la central para poder votar y ser elegido en el cónclave para los cuerpos directivos. Por eso, los representantes comunistas y de algunos otros sindicatos que habían sido autónomos, y que ahora entraban a la CGT, sólo pudieron participar como miembros “fraternales”, con voz pero sin voto. Ningún militante del PC formó parte ni de la Comisión de Poderes ni de la Mesa del Congreso (esta última, presida por Domenech), pero dos (Guido Fioravanti y Mauricio Rybak) fueron incorporados entre los seis integrantes de la comisión que estuvo encargada de redactar el nuevo estatuto de la CGT.¹³

Entre los cuadros obreros firmemente enrolados en el PS (los municipales Pérez Leirós y Brennan, el empleado de comercio Borlenghi, Aló y Cianciardo de La Fraternidad, Enrique Porto de los tranviarios, Ceferino López y Roberto Testa de la UF, entre muchos otros), imperaba un clima de euforia. Ellos evaluaban que, cuarenta años después de que Juan B. Justo hubiese fundado el partido, ahora sí habían logrado hacerse del control de la más grande organización sindical hasta ese momento existente en el país. Era una lectura que, como luego veremos, resultó ser demasiado optimista. Con el aval de los ferroviarios, colocaron como

¹² Ídem, p. 2.

¹³ CGT, *Actas del Congreso General Constituyente, 1936*, Buenos Aires, 1940.

preámbulo del nuevo estatuto de la CGT, exactamente el mismo que habían redactado en 1926 para la COA, la anterior central sobre la que los socialistas habían tenido fuerte influencia. El contenido se conjugaba con el programa de fundación del PS de 1896.

Para satisfacción de los comunistas, el clima imperante en esta nueva CGT parecía inclinado a dejar atrás la “prescindencia política” (reivindicada por la anterior conducción), a ligarse más estrechamente a los “partidos obreros” y a aceptar la convivencia de las distintas ideologías en su seno.¹⁴ Y algo de eso se reflejó en los nuevos estatutos de la central, que fueron aprobados durante las deliberaciones. El artículo 5º establecía: “La CGT intervendrá constantemente en todos los problemas nacionales que afecten a los trabajadores; defenderá las libertades individuales; recabará de quienes corresponda leyes que favorezcan a la clase trabajadora para el acceso a la dirección de la producción”. Además, se eliminó una cláusula del anterior anteproyecto de estatuto (impulsado por los *sindicalistas* más exacerbados), en donde se pautaba la incompatibilidad entre los cargos gremiales y los políticos.

En el Congreso Constituyente de la CGT de 1936, si bien las diferencias y los matices fueron más bien sobrepasados por el entusiasmo reinante y por el espíritu de acuerdo interno frente al sector que quedó escindido de la central (agrupado en la CGT-Catamarca), ya quedaron tibiamente esbozados dos grandes bandos. El que gozaba de una leve mayoría, liderado por Domenech, representaba a una serie de militantes socialistas, algunos cuadros provenientes del *sindicalismo* (que, recordamos, no estaban ausentes de la CGT Independencia) y los dirigentes de la Unión Ferroviaria. En especial, los *sindicalistas* y los ferroviarios, querían aventar cualquier sospecha de que la central apareciera con una imagen de subordinación a los caprichos del PS (y su brazo específico, la CSIG), o, ahora, del PC. Frente a todos ellos: los cuadros socialistas más comprometidos con el partido y la CSIG, y todos los militantes del PC. De alguna manera, los dos sectores quedaron en cierta situación de equilibrio en el congreso, porque se aprobaron disposiciones que agradaban a ambos bandos. El empate también se graficó en la dirección pues el congreso decidió confirmar a la Junta Ejecutiva Provisoria surgida del “golpe” de diciembre de 1935, en la que Luis Cerutti quedaba como secretario general. Debido a las pautas establecidas en el Congreso, por el momento, los comunistas no formaron parte de ningún organismo de dirección de la CGT.

Los militantes del PC comenzaron a invitar a la dirección de la CGT a que asumiera posiciones “políticas” activas, en contra del nazifascismo, la “reacción capitalista”, por la libertad de los presos gremiales y políticas, a favor de las distintas reivindicaciones sindicales

¹⁴ “Impresiones de Guido Fioravanti sobre el Congreso Constituyente de la CGT”, *LI*, XIX, 3472, 2ª quincena de abril de 1936, p. 11.

y por la defensa de las libertades democráticas. Un mes después del congreso constituyente de la central obrera, aquella orientación pudo plasmarse en el acto del 1º de mayo de 1936. Para ese día, la CGT se lanzó a una convocatoria inédita: organizar un evento unitario en Buenos Aires junto a la UCR, el PS, el PC, el PDP, las asociaciones estudiantiles y los gremios autónomos. El contenido programático del encuentro se basaba en una defensa general de la democracia, el pueblo y la justicia social, en contra de la “reacción, el fascismo, la dictadura y la oligarquía”. El PC saludó entusiastamente la convocatoria.¹⁵

El acto tuvo dimensiones muy considerables: en diez puntos de la ciudad se organizaron concentraciones previas, desde donde salieron las columnas que finalmente convergieron a lo largo de diez cuadras de la Avenida Rivadavia entre plaza Once y plaza Congreso. La marcha luego continuó, cantando La Marsellesa y La Internacional, por Avenida de Mayo, Florida, Diagonal Norte hasta Carlos Pellegrini, en donde se levantó la tribuna del acto. En ese mitin hablaron, entre otros, José Domenech (por la CGT), Mario Bravo (por el PS), el joven abogado Arturo Frondizi (por la UCR), Lisandro de la Torre (por el PDP) y Paulino González Alberdi (por el PC). Para los comunistas, ese 1º de mayo resultó histórico, la plena confirmación de la “justeza” y el “éxito” de su política frentepopulista asumida hacía menos de un año; era la primera vez que en el país una central obrera se transformaba en el corazón de una convocatoria unitaria, a la que todos los partidos “democráticos, populares y antifascistas” acudían, y en la que al PC se le reservaba un lugar en primera fila. La línea sostenida por el partido en el acto recogió todos los tópicos de la convocatoria oficial y le agregó la necesidad de luchar por la formación de un “frente nacional antifascista”, en consonancia con las resoluciones dimitrovianas del VII Congreso de la Comintern. En verdad, las expectativas se demostraron en buena medida infundadas, pues, en los años siguientes, ni los partidos consolidaron el camino unitario, ni la CGT se convirtió en un actor comprometido con esa causa “política”, pues volvió a refugiarse en una posición neutralista y prescindente.

El acto del 1º de mayo sirvió para revelar que en la CGT Independencia empezaban a aflorar las diferencias internas. El origen central de las mismas no se radicaba en una disputa entre el PS y el PC. Era evidente que existía una competencia entre ambos partidos por ganar posiciones en la central, pero, en definitiva, los militantes de esas dos organizaciones podían congeniar en torno a un proyecto: el de enrolar a la central obrera en una línea antigubernamental, antifascista y a favor de las libertades democráticas, en estrecha

¹⁵ “1º de Mayo de Frente Popular”, *LI*, XIX, 3472, 2º quincena de 1936.

asociación con esos partidos de izquierda. En realidad, como una reedición de la dinámica que había conducido a la ruptura de 1935, la mayor discordia comenzaba a producirse entre los cuadros sindicales cegetistas plenamente enrolados en el PS (liderados por el municipal Pérez Leirós) y todos los del PC, por un lado, y los dirigentes de origen *sindicalista* o de afiliación formalmente socialista pero que se hallaban más autónomos de su partido, por el otro.

Los del primer grupo querían ubicar a la CGT Independencia en la misma lucha política que levantaban el PS y el PC por la democracia, el antifascismo y el antiimperialismo, porque sostenían que ésa era la manera de alcanzar las reivindicaciones obreras. Los del segundo campo, en cambio, pretendían acotar la acción de la central al plano más estrictamente sindical y de la lucha económica. Eso no significaba que compartieran los mismos discursos y comportamientos del arco *sindicalista* puro que había emigrado hacia la CGT Catamarca, pues ellos aceptaban la necesidad de que la central realizara algunos pronunciamientos políticos generales (sin ser su prioridad), no rechazaban el acuerdo y la convivencia con los partidos obreros, y entendían la importancia de las leyes y de la acción parlamentaria para lograr las conquistas obreras. El propio Domenech (a pesar de ser afiliado al PS) y la mayor parte de los dirigentes de la UF expresaban estas concepciones. Ellas se reforzaron a lo largo de ese año, cuando se efectivizó el encuadramiento pleno de la UF en las filas de la CGT Independencia, y, por lo tanto, se hizo aún más fuerte la presencia ferroviaria y *sindicalista* en la central. Una corroboración de esta tendencia fue el discurso de Domenech en el acto del 1º de mayo, que se manifestó muy distinto al del otro afiliado socialista de la central, Pérez Leirós.¹⁶

La guerra civil española también motivó otro encontronazo en el interior de la CGT. Pérez Leirós se puso al frente de la Comisión General pro Ayuda a los Trabajadores de España, impulsada por la CGT y el sector socialista que él expresaba bregó porque la central enviara un delegado a la península ibérica. Esta última propuesta fue lanzada por el propio secretario general de la central Luis Cerutti, pero la facción de Domenech, siempre atenta a no inmiscuir demasiado a la CGT en cuestiones políticas e ideológicas, logró impedir que el proyecto avanzara. Por otro lado, decenas de organizaciones obreras, sociales y políticas vinculadas al PS, PC, anarquismo, radicalismo y otras fuerzas se comprometieron en campañas sistemáticas de ayuda a la “España leal”. Para el PC, este tema fue uno de los ejes de su actividad durante los años 1936-1939, que en gran medida se centró en la Federación de

¹⁶ Ambos discursos en *CGT (Independencia)*, III, 108-109, 15/5/36, pp. 1-2.

Organismos de Ayuda a la República Española. Pero la CGT aparecía, en general, alejada de toda iniciativa concreta de apoyo.

Las críticas del PC a las posiciones cada vez más prescindentes y apolíticas de la conducción cegetista

El crecimiento de la FONC y de los demás sindicatos únicos por rama impulsados por los comunistas, especialmente en el ámbito industrial, fenómeno ostensible a partir de 1936-1937, no hizo más que atizar el fuego de las disensiones internas en la CGT. Dentro de ella, el sector de los ferroviarios y de los cuadros más afines a las concepciones *sindicalistas* del apoliticismo y la prescindencia (a pesar de que muchos de ellos eran afiliados al PS), siguieron ganando terreno y continuaron abroquelándose, frente al campo de los militantes claramente adheridos al PS y al PC.

Desde marzo de 1937, los comunistas comenzaron a cuestionar a esos sectores “prescindentes” y al curso que le imprimían a la central obrera. Uno de los principales dirigentes sindicales del PC, Rubens Iscaro, sostenía, en ese entonces, que la CGT había sido completamente pasiva frente al curso reaccionario del gobierno de Justo, expresado en el fraude cometido en las elecciones de Santa Fe y en el intento por imponer un candidato en los próximos comicios presidenciales.¹⁷ Reconocía avances sustanciales desde los hechos de diciembre de 1935, “que acabaron con una camarilla al servicio de los peores intereses, entronizada en la dirección de la CGT, trabando el camino hacia la unidad y el desarrollo de la central”. También elogiaba la realización del Congreso Constituyente y el acto unitario del 1º de mayo. “Pero, en cambio, y especialmente en estos últimos meses, se puede apreciar en la dirección de la CGT una seria desviación, tanto en los aspectos internos como en la línea de lucha”. Denunciaba que la central se había alejado de los pronunciamientos políticos y de las luchas populares por las libertades. Finalmente, sentenciaba: “que la CGT no ha luchado consecuentemente por la unidad obrera. Que no ha dado ningún paso para asegurar el ingreso de nuevos sectores. Que la consigna unitaria, bajo la cual se realizó el Congreso Constituyente, ha sido dejada totalmente de lado y que las nuevas fuerzas que han ingresado lo han hecho espontáneamente o por la presión y el trabajo de nuestros sectores”.

Para disgusto de los comunistas, la CGT ratificó el camino de la prescindencia en ocasión del 1º de mayo de 1937. El PC se apresuró a lanzar una serie de consignas para lo que

¹⁷ Rubens Iscaro, “La CGT se ha desviado de su camino”, *Orientación* (órgano del PC), II, 13, 3/3/37, p. 2.

entendía que debía ser una gran manifestación proletaria: “Por el triunfo del Frente Popular español, contra la reacción fascista. Por la paz en el mundo, contra sus saboteadores. Por el radicalismo al poder, con Alvear presidente. Contra la carestía de la vida, por la rebaja del alquiler y el aumento de los salarios. Por el Frente Popular argentino, en defensa de la libertad democrática, contra las 50 familias vacunas. Por la libertad de Prestes, Ghioldi, Agosti y todas las víctimas de la reacción continental”.¹⁸

Sin embargo, a diferencia del año anterior, la CGT se negó a organizar un acto o marcha en conjunto con los partidos políticos, mostrando que quería mantener la equidistancia con ellos. Era lo opuesto a lo que pretendían los comunistas: “El proletariado se apresta con fervor para celebrar su 1° de mayo. En 1937, como en 1936, marchará por todo el país, conjuntamente con todas las fuerzas populares, partidos políticos democráticos, para expresar su solidaridad con la gran España republicana, su rechazo del fascismo internacional, su ardorosa voluntad de no permitir que se le arrebaten sus libertades democráticas (...) El 1° de mayo de 1937 será contra los sembradores de odio, contra la minúscula camarilla opresora, contra los perturbadores del orden. Será por la unión y la reconciliación de nuestro pueblo sobre la base del frente popular, del respeto de la constitución nacional, del mantenimiento de las garantías democráticas”.¹⁹

Frente a la realidad de que no existiera un acto unitario, los comunistas, si bien descargaban las culpas sobre el resto de los partidos, que habían rechazado la idea del encuentro unitario, hacían responsable a la dirección de la CGT: “Parece ser que el 1° de mayo de 1936 le asustó en vez de tonificarla, de entusiasmarla. Parece ser que consejos ‘amistosos’ otorgados generosamente desde las esferas oficiales la han hecho virar en redondo. En vísperas de la fecha proletaria, el Consejo Confederal no tomó ninguna decisión; fracasaron repetidamente sus reuniones. Y cuando logró el quórum necesario fue para decir que era imposible organizar una demostración, puesto que lo impedían los sindicatos que por su cuenta constituyeron el comité organizador de una demostración única; y para amenazar a esos sindicatos con medidas disciplinarias si no se retiraban de ese comité organizador. Argumento ridículo, falso, insincero. Si la CGT hubiera hecho punta cuando correspondía, tal comité no se hubiera constituido. Si la CGT hubiera aceptado el ofrecimiento de ese comité de hacer cargo de la organización del mitin, el dicho comité se hubiera disuelto. Y si, en fin, la CGT hubiera resuelto hacer su mitin, sus sindicatos y todo el mundo se hubieran adherido

¹⁸ “¡1° de Mayo!”, *Orientación*, II, 15, 10/4/37, p. 1.

¹⁹ “¡Unidad contra el fascismo!”, *Orientación*, II, 16, 26/4/37, p. 1.

sin reticencias al mitin de la CGT”.²⁰ Finalmente, una parte de los sindicatos enrolados en la CGT, especialmente los dirigidos por el PC, sin la participación de la dirección de la central ni la adhesión oficial de ésta, organizaron una marcha en la Capital, que confluyó en un acto en la Plaza San Martín.

En junio de 1937, completados los trámites estatutarios de la CGT, el sector más apolítico y prescindente logró un éxito importante: la elección de José Domenech como nuevo secretario general (cargo que ocupó durante los siguientes seis años), respaldado en una sólida presencia en el Comité Central Confederal (CCC) y en la Comisión Administrativa (CA), las flamantes denominaciones que adquirirían los máximos organismos de conducción colegiada de la central. En el nuevo CCC de junio, formado por 45 integrantes, la UF poseía 18 de ellos, es decir, el 40%. De este modo, era el sector ferroviario el que continuaba teniendo la llave del control de la central obrera y el que la forzaba para que ésta definiera con más claridad el camino de la prescindencia política. Fue en ese momento en que el PC, por primera vez, pudo acceder a ocupar espacios en la conducción de la CGT. Dentro del CCC pasó a ocupar el 16% de sus cargos, expresados por los tres representantes del Sindicato de Obreros Albañiles, Cemento Armado y Anexos de la Capital (que ya se había convertido en FONC) y otros cuatro provenientes del SOIM, el SUOM, la FOIC y la FOV. Pedro Chiarante se convirtió en miembro de la Comisión Administrativa, y Mauricio Rybak y José Peter empezaron a actuar como vocales.

La dirección de la CGT Independencia se tornaba cada vez más autónoma y fuerte para rechazar las tutelas partidarias. La central obrera no sólo se estaba convirtiendo en una entidad de masas, sino que estaba consolidando un control casi total sobre la estructura sindical del país. La FORA anarquista había quedado prácticamente extinguida. Varios de los sindicatos que habían quedado autónomos o fuera de la CGT tras el “golpe” del 12 de diciembre de 1935 habían terminado por ingresar a sus filas. Finalmente, quedaba la competencia de la CGT Catamarca. Pero su desarticulación y debilidad fue tan grande que acabó disolviéndose como tal y, luego de unirse con algunos gremios autónomos, decidió formar una nueva central, que adoptó un nombre familiar al *sindicalismo*, el de Unión Sindical Argentina (USA). Su Congreso Constituyente, al que asistieron unos cuarenta sindicatos, casi todos de existencia más bien nominal, se efectuó el 15 de mayo de 1937.

Mientras tanto, la posición de los comunistas dentro de la CGT se tornaba bifronte. Por un lado, criticaban de manera crecientemente dura a los dirigentes que sostenían las

²⁰ Ídem, p. 1.

posiciones apolíticas y prescindentes. Por otro, intentaban mostrarse como fieles soldados de la causa cegetista y como favorables a un acuerdo con aquel sector, cada vez que éste se viera dispuesto a convocar a la lucha reivindicativa. En este sentido, el PC, desde fines de 1937 y durante los primeros meses de 1938, apoyó calurosamente la campaña lanzada por la conducción de la CGT, con actos públicos en todo el país, por un Plan de Emergencia (que incluía la defensa de la jornada máxima de 40 horas semanales, el seguro nacional a la desocupación, ancianidad e invalidez, las vacaciones pagas y la instauración de comisiones de estudio de salarios, entre otras).²¹

Como expresión de ese intento de “modus vivendi”, aún pudo ser posible que el 1º de mayo de 1938 se realizara un acto unitario en la Capital Federal (sobre la Diagonal Norte) en el que participaron la CGT, el PS, el PSO y el PC, pero no la UCR y el PDP, dos fuerzas que sí lo habían hecho en el acto de 1936. Los oradores pautados fueron Domenech y Almarza como secretarios general y adjunto de la CGT, Sommi por el PC, Pérez Leirós como secretario de la Comisión Organizadora, y Américo Ghioldi, Repetto y Bravo por el PS.²² Los comunistas llegaron al acto con un discurso en donde se hacía una suerte de apología de la unidad: “La unidad es la fuerza y la victoria de la clase obrera. La división es su debilidad y su ruina. Ideologías extrañas a ella, producto de la sociedad que la oprime y la explota, se introducen en sus filas con el propósito de dividirla, de crear artificiales barreras entre los obreros que no pueden dejar de tener intereses comunes, aspiraciones comunes y un común camino de lucha. La unidad es el antídoto contra el veneno que vuelcan los enemigos de la clase obrera. La unidad como necesidad, como meta y como tarea inmediata ha inspirado siempre a los verdaderos hijos del proletariado y les ha hecho olvidar los resquemores y malentendidos, cuando no las mezquinas intrigas, recogidos en la lucha”.²³

La concentración fue multitudinaria, con casi cien mil participantes, según los organizadores. Dos meses después de ese acto, este momentáneo clima de concordia se consolidó, con la realización de una reunión del Comité Central Confederal, que decidió convocar, para junio de 1939, al postergado I Congreso Ordinario de la CGT. Los comunistas saludaron este paso, que permitiría la definitiva normalización de la central obrera y su propio

²¹ “La Confederación General del Trabajo iniciará una campaña nacional por el Plan de Emergencia”, *Orientación*, II, 23, 18/9/37, p. 3; “¡Apoyemos entusiastamente la campaña de la CGT por el plan de emergencia!”, *Orientación*, II, 33, 10/2/38, p. 3.

²² “La manifestación unitaria del 1º de mayo será grandiosa”, *Orientación*, II, 43, 22/4/38, p. 1.

²³ “Por España y por nuestras libertades. Todos unidos en este 1º de mayo”, *Orientación*, II, 44, 29/4/38, p. 1.

reforzamiento como corriente, pues estarían en condiciones estatutarias de ingresar en la conducción de la misma.²⁴

Pero la dinámica general era evidente: las concepciones de prescindencia no hicieron más que ganar terreno en la CGT, entidad que creyó que debía autonomizarse más de los partidos y ceñir su actividad al campo esencialmente sindical. Y todo ello, obviamente, alimentaba los disensos internos con los cuadros obreros de los partidos. En parte esto fue ayudado por la pérdida de la fortaleza parlamentaria del PS. Hasta 1936, el PS contaba con un bloque de 43 diputados en el Parlamento y en los cuatro años anteriores había logrado impulsar una veintena de leyes de carácter laboral y social. Pero en 1936, levantada la abstención electoral de la UCR, el número de diputados socialistas cayó a 25 y para 1939 sólo eran 5. No casualmente, en esos años se redujo drásticamente el interés del Congreso Nacional por la cuestión laboral y casi no hubo sanción de leyes sobre el tema. Por otra parte, el PC se hallaba virtualmente imposibilitado de obtener presencia legislativa y, de hecho, de presentarse legalmente a elecciones. Todo ello hizo perder atractivo, dentro de la CGT, al intento de colaboración con los partidos de izquierda e hizo crecer la alternativa de los sectores más volcados a las concepciones *sindicalistas*.

La presión por imponer estas posturas no sólo condicionaba cada vez más la propia acción de Domenech como secretario general sino que también convulsionaba al gremio ferroviario. En junio de 1938, el Congreso de la UF expresó claros pronunciamientos a favor de la nacionalización de los ferrocarriles y la suspensión de las retenciones sobre el salario, que fueron apoyados por los comunistas. Pero allí sobrevino una grave crisis de la organización: el sector más *sindicalista* de la UF, liderado por Luis M. Rodríguez, cuestionó el pedido que hizo la dirección del sindicato para que el Parlamento interviniera en sus reclamos sobre las empresas ferroviarias. Finalmente, la facción de Rodríguez se escindió de la UF y constituyó otra, la efímera Federación de Obreros y Empleados Ferroviarios, que si bien no representaba más de un 25% de los afiliados del sector, consiguió por parte del gobierno de Ortiz, en forma expeditiva, la personería jurídica. El PC repudió estos movimientos “divisionistas” por parte de los dirigentes “apolíticos y prescindentes”, que definía como “serviles” al gobierno; en especial, acusaba a Tramonti, Marotta y Silveti.²⁵

Cada vez más incidían las nuevas políticas del presidente Ortiz. El gobierno emitió un decreto a fines de octubre de 1938 por el cual se impedía de allí en más que los sindicatos tuvieran incumbencia en asuntos religiosos o políticos y se pudieran adherir a entidades que

²⁴ “Dirigentes de la CGT opinan sobre el último C. Confederal”, *Orientación*, II, 54, 07/07/38, p. 2.

²⁵ “Fracasó la división de la Unión Ferroviaria”, *Orientación*, II, 56, 21/07/38, p. 2.

no estuviesen reconocidas como personas jurídicas. Era un claro intento por ejercer un control del movimiento obrero y por intentar aislar a los comunistas. Pero también afectaba la interna ferroviaria: intentaba aumentar las posibilidades de desarrollo de la “despolitizada” Federación de Obreros y Empleados Ferroviarios (lo cual resultó vano, pues ésta se reincorporó a la UF en marzo de 1940) y buscaba disciplinar a la UF, con la amenaza de quitarle su personería jurídica si se inmiscuía en cuestiones políticas. Al mismo tiempo, Ortiz nombró a Tramonti en la presidencia de la Caja de Jubilaciones Ferroviarias, iniciativa gubernamental condenada por el PC como una confirmación del intento por dividir y destruir la principal organización obrera del país.²⁶

El dilema cegetista de optar por más prescindencia política o por salir completamente de ella y confluir con los partidos de izquierda, se volvió a plantear en ocasión del llamado Congreso por la Democracia y la Alianza de las Américas, realizado en Montevideo en marzo de 1939. En un debate que consumió tres días de acaloradas discusiones a principios de ese mes, Domenech y un sector de la Comisión Administrativa de la CGT planteó la oposición a enviar un delegado de la misma al cónclave, sosteniendo que éste era de carácter político, y este hecho le brindaría argumentos a los sectores más *sindicalistas* de la central para atacar a la dirección y al gobierno para intervenirla. Pero dentro de la CA cegetista el sector comunista (representado por Pedro Chiarante) y la facción más adicta al PS (la encabezada por Pérez Leirós) sostenían lo contrario, entendiendo que la defensa de la democracia era un asunto político de importancia central para el movimiento obrero. Finalmente, se impuso la posición de no enviar delegado y en los meses que siguieron hasta julio de 1939, cuando debía sesionar el I Congreso de la CGT, ya completamente normalizada, hubo varias declaraciones del ferroviario Camilo Almarza, prosecretario de la central, y de la UF, a favor de mantener una “posición de neutralidad frente a cuestiones políticas”.

El I Congreso de la central obrera (1939)

Hacia junio de 1939, cumplida la gestión de dos años de Domenech como secretario general de la CGT, el balance mostraba a una central orientada cada vez más a atender casi exclusivamente las reivindicaciones económicas y sociales del movimiento obrero, sin mayores preocupaciones por los planteos políticos.²⁷ La CGT se preparaba para desarrollar su I Congreso ordinario, que debía completar su definitiva normalización. Los dos partidos de

²⁶ S. Pozzebón, “Los divisionistas al servicio de las empresas y la reacción”, *Orientación*, II, 76, 8/12/38, p. 8.

²⁷ Ver: CGT, *Memoria y balance, 1937-1939*, Buenos Aires, 1939.

izquierda con fuerza en la central, el PS y el PC, definieron una línea de conciliación para dicho evento. Como hemos visto, si bien tenían fuertes diferencias con el sector de Domenech, éste aún se mostraba consciente de necesitar el aporte de las fuerzas sindicales plenamente enroladas en ambos partidos. Este nuevo clima de “modus vivendi”, que irrumpía y se agotaba una y otra vez, fue el que, finalmente, exhibió el congreso, realizado entre el 14 y el 16 de julio de 1939, en el local de la Unión Ferroviaria de la avenida Independencia. En los meses previos, el PC expresó las grandes expectativas que les despertaba la realización del encuentro. Los comunistas aparecían como defensores acérrimos de la causa de la CGT, pugnando para que ésta se expandiera y se hiciera más potente.

Las declaraciones públicas del partido ahora excluían las críticas a la dirección cegetista y se dirigían todas a ratificar el acendrado espíritu unitario y componedor que acompañaba el evento, al que pretendía convertir en una caja de resonancia de sus políticas favorables a un frente democrático antifascista y antiimperialista.²⁸ A punto de abrirse las deliberaciones, señalaba: “Inaugurase mañana el primer Congreso Ordinario de la CGT. La organización que agrupa a la mayoría del proletariado organizado realiza su asamblea máxima cuando el país debe defender sus libertades y su soberanía de la conspiración fascista, en momentos de peligro monopolista que amenaza asfixiar a la economía nacional”.²⁹ Los comunistas se preparaban para ocupar un lugar importante en la dirección de la central obrera y no querían malquistar ese paso con ninguna acción o declaración inconveniente.

En buena medida, este acontecimiento se debía a que en este congreso, a diferencia del de 1936, los gremios orientados por el PC pudieron participar con todas las condiciones y gozar de todos los derechos. El albañil comunista Pedro Chiarante fue elegido como uno de los siete dirigentes (en su caso, como secretario), para integrar la mesa de dirección del cónclave, que tuvo a Domenech como presidente y a Pérez Leirós como vicepresidente 1°. La constitución de esta mesa ya puede entenderse como la expresión del equilibrio de fuerza existente entre las tres tendencias que actuaron durante las deliberaciones: ferroviarios y sus aliados; socialistas; y comunistas.

¿Cuál fue el peso cuantitativo que los comunistas pudieron exhibir en el Congreso y cómo la hicieron valer en el momento de definir las representaciones? La CGT usaba los datos de 1938 para establecer esta cuestión. Para ese entonces, la central poseía unos 280.000 afiliados, pero los cotizantes regulares eran unos 166.000. Los gremios que tenían sus

²⁸ José Peter, “El congreso de la CGT: nuevo impulso hacia la unificación de todos los trabajadores”, *Orientación*, III, 96, 27/4/39, pp. 7-11; y “Se inicia el 14 el congreso de la Confederación General del Trabajo”, *Orientación*, III, 106, 6/7/39, p. 7.

²⁹ “Se inicia un gran congreso obrero”, *Orientación*, III, 107, 13/7/39, p. 3.

representantes en el Comité Central Confederal eran los que tenían un piso mínimo de unos 1500 cotizantes y ellos eran sólo doce, que agrupaban a 161.000 cotizantes. De éstos, según nuestros cálculos, ocho estaban bajo control de militantes socialistas y *sindicalistas* (Unión Ferroviaria, empleados de comercio, La Fraternidad, tranviarios, municipales, estatales, gráficos y cerveceros), uno que venía de tener una situación de paridad entre comunistas y socialistas, quedó en 1939 bajo mayoría del PC (la UOT, con 3.700 cotizantes) y tres estaban bajo pleno dominio de los comunistas. En este último caso, se trataba de la FONC (con 30.000 cotizantes, algo menos de la mitad de los de la poderosa UF pero ubicado como el segundo sindicato del país en estos índices), la Federación Obrera de la Alimentación/FOA (con 2.500 cotizantes) y el SOIM (con unos 1.800 cotizantes).³⁰ De este modo, a los comunistas se les reconocía un control sobre algo menos de 40.000 de los cotizantes que tenían representación en el Comité Central Confederal, es decir, cerca de un 25% de esta fuerza.

Realizada la elección de las máximas autoridades, los ferroviarios y sus aliados, más propensos a la línea prescindente, lograron hacer reelegir a Domenech como secretario general y a Camilo Almarza como secretario adjunto, dominando, también, el resto del secretariado. Los socialistas pudieron colocar a varios de sus hombres en la dirección, por ejemplo, a sus dos figuras centrales, Pérez Leirós y Borlenghi, en la Comisión Administrativa y la Comisión Arbitral. Los comunistas, en tanto, consiguieron mantener a Chiarante como uno de los once integrantes de la Comisión Administrativa y a varios de sus cuadros obreros en el CCC como vocales: entre otros, José Peter (FOA), Rubens Iscaro, Andrés Roca, Pedro Tadioli y Carlos Pérez (FONC), Juan Pavignano (SOIM) y Gelindo Pellichero (UOT).³¹

Obtenidos estos resultados favorables, los comunistas elaboraron un balance muy positivo del I Congreso de la CGT, destacando el clima “respetuoso” y “de concordia” que habría reinado en las deliberaciones, y el valor de algunas de definiciones y resoluciones aprobadas.³² Se comprometieron a un apoyo firme al plan de la CGT de alcanzar, en el período siguiente, el millón de afiliados, y que propiciara gestiones ante la USA y organizaciones gremiales autónomas para lograr la unidad en una sola central nacional. Pero las principales resoluciones por las que pugnaron los comunistas en ese congreso tenían que ver con cuestiones de política nacional e internacional: enfrentar lo que el PC definía como un

³⁰ Los datos son los que figuran en el “Libro de Actas del Comité Central Confederal de la CGT”, reunión del 18 de diciembre de 1939, citado en H. Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 162.

³¹ “Quedó constituido el nuevo CCC de la CGT para el período 1939-1941, *Orientación*, III, 131, 28/12/39, p. 5.

³² “Solución a dilemas argentinos señaló el congreso de la CGT”, *Orientación*, III, 108, 20/7/39, p. 3.

peligroso curso de avance de la guerra y la reacción nazi-fascista. Así, los comunistas plantearon que la central obrera debía pronunciarse por: la defensa de las instituciones democráticas, la libertad de prensa, de palabra, de reunión y de asociación, la independencia de los pueblos, y la libertad de cultos; el combate contra el odio de raza o de nacionalidad, y por el triunfo de las ideas de paz, concordia mundial, democracia y justicia social. Algunas de estas demandas, que eran compartidas por las delegaciones socialistas, fueron aprobadas en el congreso. Pero la mayoría de la dirección, en manos del sector de Doménech y Almarza, se encargaron de que muchas de estas resoluciones no tuvieran aplicación efectiva y que la central siguiese en una línea proclive a la prescindencia y el apoliticismo.

A modo de conclusión

Entre 1935 y 1939 el PC protagonizó un salto en su inserción en la clase obrera y la estructura sindical de la Argentina. Todo este proceso se desarrolló mientras el partido experimentaba un viraje en su línea política, con la aplicación del *frente popular*, que lo condujo a una creciente moderación de sus posiciones políticas, en la que se despertó una vocación por abandonar las anteriores posiciones combativas, sectarias y ultraizquierdistas. La adopción de esta estrategia no significó, en un comienzo, un declive de la influencia obrera del partido, ni en el plano de la organización ni en el de la lucha. En este período, los comunistas dirigieron varios conflictos laborales, entre ellos, la mayor huelga realizada en el país en más de una década, que se inició como un paro de los trabajadores de la construcción y derivó en una huelga general entre fines de 1935 y principios de 1936. Al mismo tiempo, extendieron a la construcción y a varias de las principales actividades industriales un sindicalismo único por rama más moderno, complejo y pragmático. Allí, los comunistas mantuvieron todas las artes de la actividad clandestina, combativa y antipatronal, como parte de la resistencia obrera a los procesos de acumulación industrial que se incentivaban notablemente desde mediados de los años treinta.

Fue en este contexto que las fuerzas sindicales del PC se reinsertaron en la CGT, intentando orientarla hacia un perfil más comprometido con la estrategia de la lucha democrática, antifascista y antiimperialista, propia del *frente popular*. Dentro de la central obrera, esta línea colisionó con la mayoría de la conducción, conformada por una alianza de antiguos cuadros *sindicalistas*, dirigentes ferroviarios y, sobre todo, varios de los cuadros gremiales del propio socialismo (autonomizados de toda tutela partidaria). Dicha coalición dirigente tendió a reafirmar las viejas concepciones de conciliación de clases y las posiciones

antipolíticas, prescindentes y “sindicalistas” que habían sido características de la “primera CGT” (1930-1935). No obstante, si bien el PC impugnaba esta concepción, no podía ni desenvolver su crítica hasta el final ni dar curso a una propuesta de superación de ella, debido a la naturaleza de la propia estrategia frentepopulista que postulaba el partido.

Si bien es cierto que la estrategia frentepopulista no implicó de modo automático que el PC renunciara a las confrontaciones de clase y dejase de promover la organización y las luchas obreras, en los hechos, implicaba una orientación de conciliación de clases con fracciones del bando patronal, en una variante distinta pero a la vez común con los viejos planteamientos colaboracionistas propios del *sindicalismo*. Lo que desde este último espacio se propiciaba desde el sindicato e interpelando directamente al aparato ejecutivo del estado capitalista, los comunistas lo propiciaban desde un proyecto de unidad política programática entre central gremial y partidos obreros junto a expresiones de la burguesía democrática. La clave de esta ponencia fue examinar el inicial despliegue de esta disputa y coincidencia objetiva de concepciones y proyectos. En un siguiente trabajo se abordará el período existente entre 1939 y el desenlace ocurrido en 1943.